

Itinerario: Sujeto

M. José Castejón Giner

Conferencia Española de Institutos Seculares (CEDIS)

Instituto Secular Siervas Seglares de Jesucristo Sacerdote

Objetivo de la exposición Congreso de Vocaciones

En el itinerario de Sujeto se pone de manifiesto la importancia de ir formando personas que descubren su vocación como algo que configura su identidad personal. Deseamos suscitar la pregunta ¿Para quién soy? frente a una cultura que promueve la idea del hombre sin vocación. Para esto es fundamental el tema del discernimiento, la formación y el acompañamiento. En este itinerario nos guía la constitución Lumen Gentium¹

INTRODUCCIÓN

Iniciamos con **la Palabra**

“Al principio ya existía la Palabra. La Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios Todo fue hecho por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto llegó a existir. En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres la luz resplandece en las tinieblas, y las tinieblas no la sofocaron” (Jn 1.5)

Vamos a articular tres dimensiones esenciales al hablar del sujeto de la vocación: el **Yo**, el **Tú** y el **Nosotros**. Cada una de estas dimensiones nos ayuda a profundizar en nuestra identidad, nuestra relación con Jesucristo y nuestra pertenencia a la comunidad de creyentes.

EL YO la relación con nosotros mismos. Os invito a miraros hacia dentro unos segundos. Cada uno de nosotros somos sujetos de vocación, abiertos a la trascendencia, somos paradoja y misterio a la vez. Hemos sido llamados a la vida en una realidad histórica, para alguien y para algo.

La constitución Lumen Gentium resalta la dignidad humana y la vocación cristiana. Hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios, la existencia nos ha sido dada. Esta confesión de fe nos revela como cada persona tiene un valor inalienable, posee una dignidad intrínseca, independientemente de su estado de vida, origen y condición.

La conciencia de ser creaturas nos conecta con nuestra finitud, vulnerabilidad, pobreza, y a su vez experimentamos la sed de infinitud y trascendencia, que posibilita la capacidad de relacionarnos con un Tu diferente a nosotros que nos ha sido revelado en Jesucristo único Señor de la historia.

EL TU. Relación íntima con Jesucristo que se inicia en el encuentro personal con Dios Trinitario que enamora e invita a la conversión, a conocerle y conocernos.

¹ Esquema en LG que ilumina el tema que nos ocupa, Itinerario sujeto de la vocación: 1. Llamada universal a la santidad. 2 Participación en el Sacerdocio de Jesucristo, capacidad de mediación. 3. Laicos sujetos activos. 4. El sujeto de la vocación cristiana llamado al Amor y servicio. 5. A ser testimonio vivo de palabra y obras y responsabilidad en la misión de la iglesia

Jesucristo revela el rostro del Padre y el proyecto del Reino. En el encuentro con el Tú amoroso de Dios que se da a conocer, reconocemos nuestra identidad de Hijos y hermanos, abiertos a la trascendencia, al amor. Nos llama a seguir sus huellas a ser discípulos y participar en la misión de Cristo con obras y palabras acogiendo el Reino en la historia, siendo testigos de amor y misericordia.

El NOSOTROS. La relación del **Yo** con el **Tú** que es Cristo nos conduce irremediabilmente a un **nosotros**. Este encuentro con Jesucristo nos revela nuestra verdadera identidad: somos seres en relación. Formamos parte de la familia humana, y en Cristo, el revelador del Padre, descubrimos nuestra misión de realizar la **Fraternidad Universal**.

El encuentro con Jesucristo no solo nos transforma individualmente, sino que también nos une como comunidad. Nos damos cuenta de que no estamos solos en nuestro camino espiritual; somos parte de un cuerpo más grande, el **Cuerpo de Cristo**. Esta comunión nos llama a vivir en solidaridad y amor mutuo, reflejando el amor de Dios en nuestras relaciones cotidianas.

En la fe en Jesucristo somos llamados por gracia a generar relaciones nuevas basadas en el amor, el perdón, la misericordia. Somos pueblo de Dios que peregrina por esta historia teñida de sangre, del dolor del inocente, del desprecio del poderoso que ambiciona tener y ser idolatrado. Por el bautismo somos sumergidos en el misterio de la Iglesia “Sacramento Universal de Salvación”, en ella celebramos los sacramentos especialmente somos inmersos en la Pascua del Señor celebrando la Eucaristía en la que descubrimos y damos gracias por todos los elegidos y por todas las llamadas. Celebrando el desarrollo del bautismo en diferentes formas de vida vocacional, dando gracias por todos los carismas y ministerios donados a la comunidad eclesial para anunciar a todos los pueblos que Cristo es el Señor².

“Por tanto, es urgente recuperar el carácter luminoso propio de la fe, pues cuando su llama se apaga, todas las otras luces acaban languideciendo. Y es que la característica propia de la luz de la fe es la capacidad de iluminar *toda* la existencia del hombre. Porque una luz tan potente no puede provenir de nosotros mismos; ha de venir de una fuente más primordial, tiene que venir, en definitiva, de Dios. La fe nace del encuentro con el Dios vivo, que nos llama y nos revela su amor, un amor que nos precede y en el que nos podemos apoyar para estar seguros y construir la vida. Transformados por este amor, recibimos ojos nuevos, experimentamos que en él hay una gran promesa de plenitud y se nos abre la mirada al futuro. La fe, que recibimos de Dios como don sobrenatural, se presenta como luz en el sendero, que orienta nuestro camino en el tiempo. Por una parte, procede del pasado; es la luz de una memoria fundante, la memoria de la vida de Jesús, donde su amor se ha manifestado totalmente fiable, capaz de vencer a la muerte. Pero, al mismo tiempo, como Jesús ha resucitado y nos atrae más allá de la muerte, la fe es luz que viene del futuro, que nos desvela vastos horizontes, y nos lleva más allá de nuestro «yo» aislado, hacia la más amplia comunión³”.

² Lumen Gentium, Capítulo I

³ PAPA FRANCISCO. Carta encíclica “Lumen fidei”, Vaticano 2013, nº 4

1. PROVOCACIÓN - CONVOCACIÓN

Participar en este congreso es una respuesta a la llamada de ser “**Apóstoles de las Vocaciones**”. Es una invitación a servir a nuestra sociedad, “**siendo generadores de una cultura vocacional**”, una cultura de la **VIDA** con mayúsculas. Proponemos el sentido relacional de ser persona, abierta a la trascendencia y generando un **nosotros** como hijos y hermanos del mismo Padre Dios.

Ser llamados es descubrir nuestra participación en la misión de Cristo y de su Iglesia como discípulos. Nos reconocemos como protagonistas del desarrollo de este mundo y de esta historia.

LA PROVOCACIÓN

Para iniciar un camino de acompañamiento vocacional y discernimiento que lleve a la persona a un proceso formativo y a tomar decisiones iluminadas por el descubrimiento de la voluntad de Dios, es necesario un paso previo: **la provocación**.

En el contexto actual, marcado por la crisis antropológica y de sentido, estamos llamados como Iglesia a responder. El **Apóstol de la vocación** tiene la oportunidad de servir al Señor siendo generador de una **nueva cultura vocacional**.

La provocación es la capacidad de generar reacciones en aquellos con quienes compartimos nuestra vida. Estas reacciones se producen cuando se conecta con alguna carencia o necesidad que la persona busca satisfacer, lo que da pie a preguntas que esperan una respuesta que ilumine esa realidad. Además, se suscitan interrogantes e incluso compromiso cuando se conecta con la sensibilidad, deseos e ideales que la persona quiere alcanzar.

Cada uno de nosotros somos mediadores de vocación para otros. Al provocar, se invita abiertamente al encuentro con Cristo en su Iglesia, proponiendo una forma de vida evangélica y bienaventurada que implica descubrir el sentido de la vida y la misión para la que hemos sido creados. Esto supone un acercamiento y un trabajo evangelizador con el otro, teniendo en cuenta las siguientes direcciones:

1. **Experiencia personal de Dios.** El Señor se encuentra con la persona; el mismo Señor resucitado llama a la intimidad con Él y a la interiorización. Esto implica favorecer espacios de oración y de silencio para encontrarse con quien sabemos que nos ama.

2. **Experiencia de Dios desde la realidad que nos rodea,** especialmente descubriendo el dolor en todas sus formas: el de los que ven amenazada su vida por cualquier causa, el rostro sufriente del inocente, de los que ven pisoteada su dignidad de ser personas. Es una experiencia que nos impulsa a ir al encuentro con el Resucitado en los otros, teniendo como horizonte la acogida del Reino de Dios y la llamada a una vida de caridad pastoral, política y activa.

“Todo el bien que el pueblo de Dios puede dar a la familia humana en el tiempo de su peregrinación en la tierra, deriva del hecho de que la Iglesia es «sacramento universal de salvación», que manifiesta y al mismo tiempo realiza el misterio del amor de Dios al hombre”. (GS 45)

3. **Experiencia comunitaria de Dios.** Se sienten provocados y convocados a caminar junto a otros, viviendo la existencia como una respuesta a formar parte de la Iglesia dejándose sorprender por el misterio que contiene en cuanto Cuerpo de Cristo, Templo del Espíritu Santo y Pueblo sacerdotal. Se descubre la Iglesia como el lugar privilegiado del encuentro de Dios con los hombres, signo e instrumento de la presencia de Dios en el mundo. Se experimenta la llamada a ser incorporado a Cristo por la fe y el bautismo, y se siente la llamada a participar de la misión de la Iglesia como Sacramento universal de Salvación. Los padres conciliares lo expresaron así:

“La Iglesia es en Cristo como un sacramento, o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano...” (LG 1)

“Dios formó una congregación de quienes, creyendo, ven en Jesús al autor de la salvación y el principio de la unidad y de la paz, y la constituyó Iglesia a fin de que fuera para todos y cada uno sacramento visible de esta unidad salutífera”. (LG 9)

La provocación y convocación implican acompañamiento y discernimiento vocacional.

En el documento final del Sínodo de la sinodalidad, el acompañamiento y discernimiento son temas centrales. El documento subraya la importancia de acompañar a los fieles en el camino de fe, que es un camino de descubrimiento vocacional y por tanto de discernimiento.

Este acompañamiento debe ser **personalizado y comunitario** ofreciendo a cada persona apoyo en su caminar como discípulo, teniendo en cuenta sus necesidades y circunstancias. A la vez es un acompañamiento humilde, ya que nos permite ser testigos de lo que Dios va obrando en cada persona.

El acompañamiento requiere humildad, ya que se entra en tierra sagrada, hay que descalzarse⁴ para ser testigo de lo que Dios obra en la persona sin perturbar el encuentro desde una capacidad activa de escucha:

Ser discípulo: El que acompaña es consciente de su propio camino detrás del Maestro, un camino acompañado por la experiencia comunitaria, no carente de dificultades que se afrontan en el día a día.

- Se acompaña desde una escucha activa, atenta, en un clima de confianza.

Estar a los pies del Maestro, no anteponer nuestras ideas a la escucha de la Palabra de Dios y a lo que Dios obra en cada persona. Vivir la fatiga del discernimiento

- Ayuda a la persona a reflexionar, ofreciendo herramientas para que la persona pueda hacer una lectura creyente e ir comprendiendo lo que Dios le va pidiendo y lo vaya concretando con su respuesta generosa

Orante, vive la súplica y la intercesión por la realidad de la persona. Confiando en la acción de Dios e impulsando la apertura a su gracia.

- Fomentar la oración y la intimidad con Cristo. La vida de los sacramentos. La escucha de la Palabra de Dios.

⁴ Cf. Ex 23, 4 "No te acerques; quita el calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es."

Misericordioso. Ser experto en humanidad, purificando nuestros corazones en la misericordia de Dios y su perdón redentor.

- Posibilitar el perdón, la sanación de las heridas, implicándose en la misión eclesial asumiendo la realidad humana y el anuncio del evangelio.

Conversión. Vivir necesitados de conversión

- Estar siempre en camino porque el Reino está siempre llegando⁵, con ánimo de dejar hacer a la gracia que transforme la mente, el corazón y el actuar identificándose con Cristo.

Mujeres y hombres de fe, esperanza y caridad. Cristo vivo es la fuente de la verdadera libertad, el fundamento de la esperanza y la caridad nos hace vencer el miedo y la duda

- Reconocer la singularidad de cada individuo y adaptar el acompañamiento a sus necesidades y circunstancias particulares.

2. VOCACIÓN Y VOCACIONES

Identidad, vocación y misión. El ministerio y los carismas en la Iglesia son signo de la trascendencia de Dios, son una realidad que señala hacia algo o alguien mucho más grande de lo que ven nuestros ojos, comunican nuestros labios o testimonian nuestras vidas. Toda vocación apunta hacia el interior de la revelación de Dios, por mediación de su Hijo Jesucristo y por la acción del Espíritu Santo. La persona llamada a ser testigo del evangelio revelado en Jesucristo, recibe la gracia necesaria para dar testimonio. Ningún carisma o ministerio en la Iglesia es exclusivo ni excluyente, cada uno según el don recibido, puede ser una gota de rocío en la mañana, o un torrente de agua que lo inunda todo⁶. El carisma puede ser más o menos valorado socialmente, pero como Iglesia somos conscientes que todos colaboran en la transformación del mundo por la acogida del Reino, dignificando al ser humano y cuidando de todo lo creado⁷ por el anuncio de la fe apostólica.

La cultura vocacional incide en la misión de la Iglesia, desvelando con las vidas vacacionadas, que nada ni nadie le es ajeno a Dios, que la fe traspasa toda la existencia, y la vida encuentra todo su sentido desde la fe. Que el ser cristiano no se puede relegar a lo privado desarraigado del acontecer histórico, el misterio de la Encarnación nos sitúa a vivir el seguimiento a Cristo desde dentro de la historia, como protagonistas responsables de la misma “Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna” (Jn

⁵ Cf. Mc 1,14

⁶ “Dios ha confiado a cada uno el cuidado de su prójimo. No sabemos si estamos destinados a ser un río rápido que haga florecer a sus orillas jardines amenos, o si hemos de parecernos a la gota de rocío que envía Dios en el desierto a la planta desconocida; pero, más brillante o más humilde, nuestra vocación es cierta: no estamos destinados a salvarnos solos. No debemos estar sin posteridad en el cielo” Beato Manuel Domingo y Sol. Declarado por el Papa Pablo VI “Apostol de las Vocaciones”

⁷ CVCSVA. Palabras del Magisterio del Papa Francisco. “Escrutad a los consagrados y las consagradas en camino por los signos de Dios”. Madrid, 2014, p.7 “La vida consagrada es signo de los bienes futuros en la ciudad humana, en éxodo a lo largo de los caminos de la historia. Acepta la confrontación con certezas provisionales, con nuevas situaciones, con provocaciones en proceso continuo, con exigencias y pasiones que la humanidad contemporánea está gritando. En esta atenta peregrinación, custodia la riqueza del rostro de Dios, vive el seguimiento de Cristo, se deja guiar por el Espíritu, para vivir el amor por el Reino con fidelidad creativa y diligente laboriosidad. La identidad de peregrina y orante *in limine historiae* le pertenece íntimamente”.

3,16). La obra de la salvación no se llevó a cabo en contraposición con la historia de los hombres, sino dentro y a través de ella.

Amar todas las vocaciones en la Iglesia, implica la acción de gracias continuada por el don del bautismo que es la génesis donde comienza toda vocación y se desarrolla en distintas formas de vida cristiana⁸. El Apostol de las vocaciones es una persona que ora por las vocaciones, por su respuesta, perseverancia y fidelidad hasta el final de sus días. Invoca al dueño de la mies que no falten obreros y se compromete por el cuidado integral de toda vocación a lo largo de toda la vida⁹. Conocer para amar y orar las distintas formas vocacionales en la Iglesia

- **La vocación laical¹⁰** que viven su vocación cristiana en medio del mundo, trasformando las estructuras, viviendo la responsabilidad del trabajado diario y penetrando la semilla del evangelio en todos los ambientes... en continuo discernimiento de los signos de los tiempos, como Iglesia en salida, en itinerancia

“Pero aquellos a quienes asocia íntimamente a su vida y misión también les hace partícipes de su oficio sacerdotal, en orden al ejercicio del culto espiritual, para gloria de Dios y salvación de los hombres. Por lo que los laicos, en cuanto consagrados a Cristo y ungidos por el Espíritu Santo, tienen una vocación admirable y son instruidos para que en ellos se produzcan siempre los más abundantes frutos del Espíritu”. (LG 34)

“Deben, pues, los fieles conocer la naturaleza íntima de todas las criaturas, su valor y su ordenación a la gloria de Dios y, además, deben ayudarse entre sí, también mediante las actividades seculares, para lograr una vida más santa, de suerte que el mundo se impregne del espíritu de Cristo y alcance más eficazmente su fin en la justicia, la caridad y la paz” (LG 36)

La vocación matrimonial signo del misterio de la Trinidad. Comunión de amor, de unidad en la diversidad; de entrega y donación mutua de la cual brota la vida y generan vida en el seno de su familia y en el entorno. Abierta a la dimensión misionera y testimonial¹¹.

“...la relación fecunda de la pareja se vuelve una imagen para descubrir y describir el misterio de Dios, fundamental en la visión cristiana de la Trinidad que contempla en Dios al Padre, al Hijo y al Espíritu de amor. El Dios Trinidad es comunión de amor, y la familia es su reflejo viviente. Nos iluminan las palabras

de san Juan Pablo II: «Nuestro Dios, en su misterio más íntimo, no es una soledad, sino una familia, puesto que lleva en sí mismo paternidad, filiación y la

⁸ Hans Urs von Balthasar, “Gli stati di vita del Cristiano”, Milano, 1985

⁹ La preocupación por nuevas vocaciones en la Iglesia, tiene que convertirse en la ocupación y súplica constante por las vocaciones que ya están en camino, el acompañamiento se extiende a lo largo de toda la vida, conscientes de las necesidades que cada etapa de la vida requiere una atención diferente, pero hasta el último suspiro de la existencia la persona vive vocacionalmente. La mejor pastoral vocacional es ver el testimonio de una persona anciana vivir su vocación con integridad.

¹⁰ LG Capítulo IV. Peculiaridad. Que se entiende por laicos. Unidad en la diversidad. El apostolado de los laicos. Consagración del mundo. Testimonio de su vida. En las estructuras humanas. Relaciones de los laicos con la jerarquía. Conclusión (LG 30-38). El 19 de noviembre de 1991, en Asamblea Plenaria de la CEE se aprobaba el documento «Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo». Lleva como subtítulo «líneas de acción y propuestas para promover la corresponsabilidad y participación de los laicos en la vida de la Iglesia y en la sociedad civil». Schmemmann, Alexander, “El bautismo. Ensayo de teología litúrgica sobre el sacramento del agua y del Espíritu”, Salamanca 2024.

¹¹ Cf. Exhortación Apostólica Postsinodal “Amoris Leticia”.

esencia de la familia que es el amor. Este amor, en la familia divina, es el Espíritu Santo». La familia no es pues algo ajeno a la misma esencia divina” (AL 13)

“El espacio vital de una familia se podía transformar en iglesia doméstica, en sede de la Eucaristía, de la presencia de Cristo sentado a la misma mesa. Es inolvidable la escena pintada en el Apocalipsis: «Estoy a la puerta llamando: si alguien oye y me abre, entraré y comeremos juntos» (3,20). Así se delinea una casa que lleva en su interior la presencia de Dios, la oración común y, por tanto, la bendición del Señor. Es lo que se afirma en el Salmo 128 que tomamos como base: «Que el Señor te bendiga desde Sión» (v. 5)”. (AL 15)

• **La vocación a la Vida Consagrada según los Consejos Evangélicos en todas sus formas y carismas:** monástica, religiosa, secular, asociación de vida apostólica, la orden de vírgenes, nuevas familias eclesiales¹².

Las vocaciones de especial consagración por la emisión de los consejos evangélicos: pobreza, castidad y obediencia están llamados a ser una forma de vida alternativa marcada por el Espíritu de las Bienaventuranzas y la vivencia de la caridad perfecta (Mt 5,1-12; Lc 6,20-23)

El Papa Francisco¹³, vertebra su alocución con motivo de la jornada de Vida consagrada en torno a cómo los votos de pobreza, castidad y obediencia “pueden ser **portadores de luz** para las mujeres y los hombres de nuestro tiempo”. Consagrados con un amor esponsal y único a Dios nuestro Señor envueltos por su luz... “que se remonta a los orígenes del mundo y que tendrá su total cumplimiento al final de los tiempos, pero se hace visible ya desde ahora, a través de las maravillas que Dios realiza en la fragilidad de las personas llamadas”

Portadores de bendición. Para el Papa, el consejo evangélico de la pobreza es una puerta abierta a la sobriedad, la generosidad, el compartir y la solidaridad. Menciona que tiene sus raíces en la vida misma de Dios, eterno y total don recíproco del Padre, del Hijo y del Espíritu. Esta invitación a la vivencia del consejo evangélico de la pobreza hace que nos situemos como criaturas ante el creador, conscientes de nuestra vulnerabilidad y necesitados de salvación, sanación y liberación.

Ser portadores de luz en la vivencia de la Castidad que tiene su origen en el amor infinito que une a las tres personas de la Trinidad, es la acogida sobreabundante de este amor en el corazón del llamado indiviso, nupcial. “Yo soy para mi amado y mi amado es para mí” (Cant 2,16; 6,3).

Por otro lado, reivindicó la castidad en medio de un mundo que ofrece “formas distorsionadas de afectividad” que **acaban en** “superficialidad y precariedad, egocentrismo y hedonismo, inmadurez e irresponsabilidad moral”. Ser camino de sanación por el ejercicio de una forma libre de amar liberadora, no ajenos a que se pegue el polvo del camino.

¹² Cf. Lumen Gentium. Capítulo VI. Los religiosos. Consejos evangélicos. Naturaleza e importancia del estado religioso en la Iglesia. Bajo la autoridad de la Iglesia. Estima y profesión de los Consejos evangélicos. Perseverancia (LG 43- 47).

Secularidad Consagrada: Constitución Apostólica de la Provida Mater Ecclesiae. Importancia de los Institutos seculares en la Iglesia. La Iglesia y los Consejos evangélicos. La Profesión de la Perfección. Los Institutos Seculares. Normas y reglamentos. Conclusión. Exhortación Apostólica Christifideles Laici. N. 56

¹³ Alocución del Papa Francisco en las Primeras Vísperas de la Fiesta de la Presentación del Señor. 1 de febrero 2025, con motivo de la de la Jornada Mundial de la Vida Consagrada, 2 de febrero de 2025. Exhorta a toda la vida consagrada a “ser portadores de Luz”

La Obediencia es la invitación a una escucha afectiva, indicó que es “un antídoto a tal individualismo solitario, promoviendo, en su lugar, un modelo de relación basado en la escucha efectiva”. Desde ahí, apreció el apostar por el nosotros comunitario “a costa de renunciar a los propios gustos, programas y preferencias”¹⁴.

La vida consagrada es un signo de la sobreabundancia del amor de Dios y de la acción continuada del Espíritu Santo en su iglesia. Al igual que María, nuestra Madre debemos pronunciar nuestro “Sí” diario para que este amor que se derrama sea acogido en el corazón de una vida, contemplativa, eucarística y se expanda en los surcos de la historia, al lado de herido, del excluido, en los márgenes de la sociedad, penetrando cada realidad.

Al contemplar la pluralidad de formas de vida consagrada y carismas en la iglesia, descubrimos la acción del Espíritu que responde en cada momento histórico a las necesidades del mundo y de la Iglesia, revelando el misterio manifestado por Jesucristo.

- **La belleza del Sacerdocio: Un Cántico de Gratitud al Sacerdocio de Jesucristo, del Pueblo Sacerdotal y del Ministerio Apostólico.**

El autor de la carta a los Hebreos comenta. «Al decir alianza nueva, declaró anticuada la anterior; y lo que envejece y queda anticuado, está para desaparecer». (Heb 8, 13) Pablo, hablando de su ministerio apostólico, evoca cómo la profecía de Jeremías alcanza su plena novedad y verdad en el don del Espíritu. La nueva alianza es la alianza del Espíritu. El ministerio de la nueva alianza es el ministerio del Espíritu.

“Vosotros sois nuestra carta, escrita en nuestros corazones, conocida y leída por todo el mundo. Es evidente que sois carta de Cristo, redactada por nuestro ministerio, escrita no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en las tablas de corazones de carne. Pero esta confianza la tenemos ante Dios por Cristo; no es que por nosotros mismos seamos capaces de atribuirnos nada como realización nuestra; nuestra capacidad nos viene de Dios, el cual nos capacitó para ser ministros de una alianza nueva: no de la letra, sino del Espíritu; pues la letra mata, mientras que el Espíritu da vida. Pues si el ministerio de la muerte, grabado en letras sobre piedra, se realizó con tanta gloria que los hijos de Israel no podían fijar la vista en el rostro de Moisés, por el resplandor de su cara, pese a ser un resplandor pasajero, ¡cuánto más glorioso, no será el ministerio del Espíritu!” (2Cor 3, 2-7)

Hablar del ministerio sacerdotal, es hablar de hombres que se ponen al servicio de todo el pueblo de Dios, en una actitud de obediencia radical al Padre a imagen de Jesús Sacerdote, para impulsar en la Iglesia todos los carismas y vocaciones que hagan presente en medio del mundo, la buena noticia del Evangelio en obras y en palabras. El ministerio es servicio, marcado por una vida entregada a la caridad pastoral (cf. Jn 13), y en ningún caso se puede hablar de ministerio en términos de poder o de derechos. La carta de presentación del sacerdote es la comunidad que convoca, preside y acompaña¹⁵.

¹⁴

¹⁵ Cf. Guijarro, Santiago, “Servidores de Dios y Esclavos vuestros”, La primera reflexión cristiana sobre el ministerio. Salamanca 2011.

El sacerdocio ministerial (centrándonos en el presbítero) conviene ser pensado y vivido tal como es conferido por «el sacramento del orden», en la Iglesia, «sacramento universal de salvación». La imposición de las manos y la oración que la acompaña es el momento culminante del sacramento. El Obispo, mientras impone sus manos al llamado al presbiterado se dirige al Padre y dice: «Para formar el pueblo sacerdotal, tú dispones con la fuerza del Espíritu Santo en órdenes diversos a los ministros de tu Hijo Jesucristo». El presbítero, como cooperador del orden episcopal, es ordenado, mediante la fuerza del Espíritu, «para cumplir la misión apostólica confiada por Cristo». Por el sacramento del Orden, los presbíteros, como cooperadores del Orden episcopal, participan en el «ministerio de los Apóstoles» y «de la autoridad con que Cristo forma, santifica y rige su Cuerpo» (cf. LG.28)¹⁶.

Subrayo a continuación la finalidad y el modo de vivir el triple munus, que configura la misión del sacerdocio ministerial del presbítero en la Iglesia sacramento de salvación:

1. Primer munus: El deber primero de los presbíteros, como cooperadores del orden episcopal, es anunciar a todos el Evangelio de Dios (PO 5). Comunicar, a los de dentro y a los de fuera, la verdad del Señor, esto es, de la Palabra hecha carne. El «verdadero conocimiento» (en sentido bíblico) de Jesucristo muerto y resucitado funda la sacramentalidad del pueblo de Dios. De la escucha de la Palabra nace la fe. El presbítero es hombre entre los hombres, hermano entre los hermanos, discípulo entre los discípulos.

2. El Segundo munus: Según el decreto sobre la vida y ministerio de los presbíteros, es colaborar en la santificación del Pueblo de Dios. Santificación que no puede ser más que obra del Señor. Por ello la misión del sacerdocio ministerial es reenviar a la fuente, a Cristo por quien en el Espíritu somos hechos partícipes de la misma santidad de Dios.

3. El tercer munus: O función, confiada al presbítero en la fuerza del Espíritu de santidad, verdad, libertad y comunión, es el de encaminar al pueblo de Dios hacia la meta, el Padre. Los presbíteros, ejerciendo según su parte de autoridad el oficio de Cristo Cabeza y Pastor, reúnen, en nombre del obispo, a la familia de Dios, como una fraternidad unánime, y la conducen a Dios Padre por medio de Cristo en el Espíritu. (cf. PO 6)

Termino este apartado con un texto del Papa Benedicto XVI, porque no se puede hablar de sacerdocio ministerial sin hablar de la Eucaristía, y no se puede hablar de Eucaristía sin hablar del misterio de Iglesia, Pueblo de Dios.

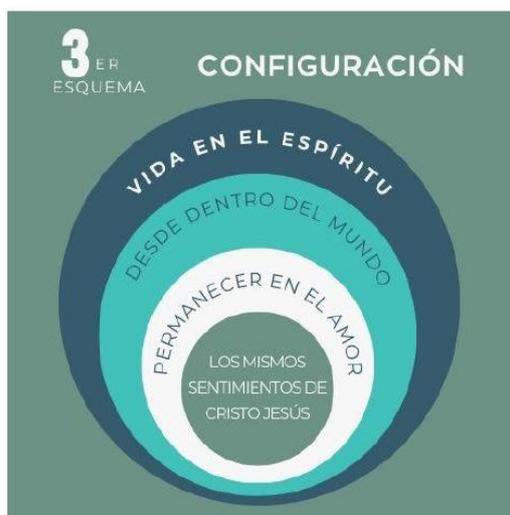
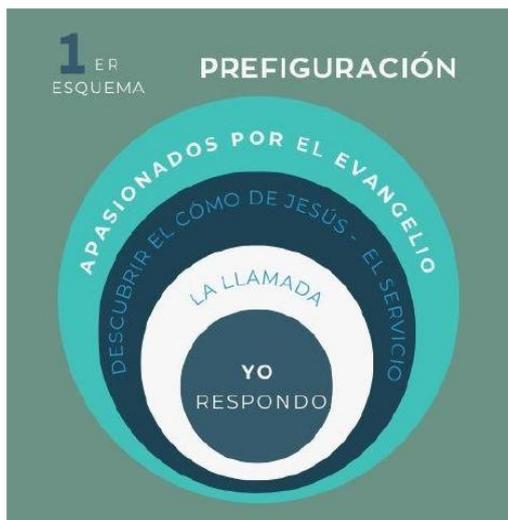
La belleza intrínseca de la liturgia tiene como sujeto propio a Cristo resucitado y glorificado en el Espíritu Santo que, en su actuación, incluye a la Iglesia. En esta perspectiva, es muy sugestivo recordar las palabras de san Agustín que describen elocuentemente esta dinámica de fe propia de la Eucaristía. El gran santo de Hipona, refiriéndose precisamente al Misterio eucarístico, pone de relieve cómo Cristo mismo nos asimila a sí: « Este pan que vosotros veis sobre el altar, santificado por la palabra

¹⁶ Decreto Presbiterorum Ordinis 2, 6. Antonio Bravo, “Eucaristía y Sacerdocio”, Salamanca 2004. De este mismo autor una conferencia sobre “El nuevo y Único Sacerdocio Cristo” con motivo de la declaración del Venerable Juan Sánchez Hernández, “Apostol del Sacerdocio”, Salamanca 2023

de Dios, es el cuerpo de Cristo. Este cáliz, mejor dicho, lo que contiene el cáliz, santificado por la palabra de Dios, es sangre de Cristo. Por medio de estas cosas quiso el Señor dejarnos su cuerpo y sangre, que derramó para la remisión de nuestros pecados. Si lo habéis recibido dignamente, vosotros sois eso mismo que habéis recibido ». Por lo tanto, «no sólo nos hemos convertido en cristianos, sino en Cristo mismo » . Así podemos contemplar la acción misteriosa de Dios que comporta la unidad profunda entre nosotros y el Señor Jesús: « En efecto, no se ha de creer que Cristo esté en la cabeza sin estar también en el cuerpo, sino que está enteramente en la cabeza y en el cuerpo». (Benedicto XVI, SC 36)

3. INVOCACIÓN. LA FORMACIÓN DEL CORAZÓN.

En conjunto, el título "La formación del corazón" es un itinerario de formación inspirado en los escritos y experiencia como formador del Venerable Juan Sánchez Hernández, "Apostol del Sacerdocio". Este viaje espiritual y personal moldea y trasforma el corazón a través del encuentro de Jesucristo, despertando en el discípulo el asombro ante la vida nueva de la fe, la lectura creyente de las circunstancias y la maravilla de la creación, lo que suscita en él la alabanza y el compromiso.

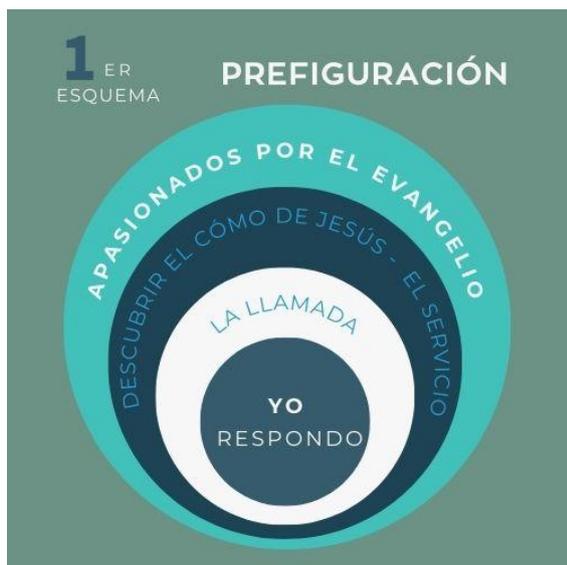


Itinerario: La formación del Corazón

En el esquema anterior, observamos cuatro cuadros que representan distintos momentos en el itinerario formativo. Por un lado, indican un camino que se va trazando, pero, por otro, estos momentos se van incluyendo y complementando entre sí. Comenzamos con un momento muy especial en este itinerario formativo: la Prefiguración. Este momento es la "respuesta a la llamada vocacional recibida" por parte de Jesucristo y constituye una etapa fundante de opciones importantes en la forma de vida.

Os invito a contemplar el último cuadro, que representa tanto el final como el inicio del itinerario: "Transfigurados en la Trinidad". En el centro de este proceso está el descubrimiento de que "no tenemos vocación, sino que la vocación nos tiene a nosotros". De la mano de Jesucristo Sacerdote, hemos sido introducidos en la vida Trinitaria.

El camino recorrido nos ha llevado por un viaje apasionante de "Identificación con el proyecto de Jesús", descubriendo el rostro del Padre y el proyecto del Reino. Este recorrido nos ha conducido hacia la Configuración con Cristo, descubriendo la sabiduría de la Cruz y experimentando en nuestra vida lo que significa dar la vida.



1. PREFIGURACIÓN EN CRISTO JESÚS

Si observamos los esquemas, veremos una progresión constante: en el primero, nos encontramos en el centro el "yo", un yo marcado por la llamada recibida como don y el esfuerzo personal de dar una respuesta adecuada. Las opciones personales y el descubrimiento de todo lo que tenemos que dejar para seguir a Jesús marcan esta primera etapa. Solo podrá seguir al Señor aquel que asume como ideal de vida vivir como Él vivió. Descubrir el servicio como camino del discípulo, un servicio que dignifica (cf. Jn 13).

Es una etapa de la vida espiritual donde el voluntarismo tiene un gran protagonismo: el deseo de responder al Señor, el apasionamiento por el Evangelio, la posibilidad de que todo quede transformado en Él parece depender de nuestra respuesta. Hay una gran dosis de generosidad personal y una clara conciencia de todo lo que se deja atrás.

La tentación en esta etapa es quedarnos en nosotros mismos, dándole demasiada importancia a lo que dejamos, sin saber todavía muy bien lo que vamos a recibir. Es la tentación de guardarnos una carta en la manga por si acaso, correr los riesgos justos sin terminar de abandonarnos en las manos del Señor. Las consecuencias en la vida espiritual son someterse a una serie de "cumplimientos", ir a mínimos, autojustificarnos y culpabilizar a los demás.

La forma de vencer esta tentación es profundizar en el conocimiento de Jesucristo e ir llevando a la vida aquello que descubrimos, teniendo como meta vivir como Él vivió. Vencida la tentación, el resultado es que nos encontramos con "la perla preciosa" y lo vendemos todo para poder adquirirla (cf. Mt 13, 45-46). Considerar que todo es pérdida con tal de ganar a Cristo Jesús (cf. Fil 3, 8). Los Consejos Evangélicos adquieren aquí todo su sentido. La radicalidad de vida se ve en el horizonte como un camino liberador. Las purificaciones por las que vamos a pasar se ven como el regalo hermoso que estábamos buscando. La vida experimenta una alegría nunca antes conocida.



SEGUNDO ESQUEMA: IDENTIFICACIÓN CON JESÚS

La situación anterior nos sumerge en el siguiente paso. El centro de nuestra vida es "Jesús"; descubrimos con gran alegría al Jesús histórico como modelo de nuestra vida. Nos introducimos en el gran significado de la encarnación: "El Verbo se hizo carne" (cf. Jn 1, 14). Jesús asumió la humanidad con todas sus consecuencias, incluyendo mi propia humanidad. Nacido de mujer, vivió como hombre y murió como tal. Nos sentimos identificados con Él: nacimos de mujer, vivimos como mujeres y hombres y nos

mueve el deseo de seguir su mismo destino. Nuestra vocación adquiere matices mucho más hondos. Descubrimos que vivir el seguimiento implica vivir una espiritualidad de la encarnación, la humanidad es asumida por la divinidad. "Todo aquello que es asumido es redimido en el Hijo"¹⁷. El gran abismo que separaba al hombre de Dios se vence en Jesús de Nazaret, de ahí la afirmación de que Jesús es el único mediador. Jesús es Sacerdote y Mediador desde el mismo momento de la encarnación.

Su estilo de vida no es ajeno a la mediación que ejerce en medio del mundo. Vino a salvar a todos, pero esta salvación la realiza desde abajo, situándose entre los últimos, haciendo posible la salvación universal. En Jesús Sacerdote descubrimos la espiritualidad del descenso: "Él asumió la condición de hombre pasando por uno de tantos" (cf. Fil 2, 7). Ninguna realidad humana le es ajena, ni queda fuera de la salvación que nos ofrece.

La salvación la anuncia con palabras y obras. Su actividad, el anuncio del Reino, lo hace presente sanando y liberando de todo aquello que oprime y degrada al hombre, arrebatando su dignidad y sus derechos. Se sitúa en los márgenes de la ciudad, se acerca a todos aquellos que se encuentran por los caminos, escucha sus gritos y su desesperación, y no hace distinción de personas, ni por raza ni por religión. El

¹⁷ Cfr. San Irineo de Lyon, "Lo que no se asume no se redime".

significado de su actuación "sanante" va más allá de la mera "recuperación de la salud"; significa devolver a la persona toda su dignidad, sus derechos como ciudadanos y su capacidad de ser alguien (cf. Jn 9, 1-41).

Tener una enfermedad, en tiempos de Jesús, significaba ser un pecador; era el castigo que se recibía de parte de Dios por sus pecados. La persona enferma era culpable y, por ello, se le echaba fuera de las ciudades y poblados, perdiendo así toda capacidad de participación como ciudadano, de ser reconocido como hombre de derechos y deberes. Sanar a una persona significaba rescatarla del yugo de la enfermedad, más aún, era liberarla de la culpa y de sus pecados, era restituirle su dignidad y toda su capacidad de ser "persona", reconociéndole tanto a nivel civil como religioso.

La actuación de Jesús despertaba rechazo e indignación por parte de todos aquellos que guardaban el orden establecido. Ellos no se sentían en la obligación de hacer nada por aquellos que estaban en los márgenes, ya que, de alguna manera, "ellos se lo habían buscado por sus pecados". La persona era la única responsable de su situación; nada se podía hacer por ella ni desde los poderes civiles, ni desde los poderes religiosos (cf. Mt 10, 27-42; Jn 11, 45-53).

Jesús rompe esta lógica, como va rompiendo tantas y tantas lógicas de "poder" que buscaban más los intereses económicos, personales y de grupo, bajo el disfraz de defender las normas y las leyes. Jesús se hizo una persona incómoda en su tiempo.

Jesús invitaba a todos a la conversión. Conversión que se produce dejando nuestros propios criterios y bajando a la realidad de opresión que el egoísmo, la avaricia y la ambición provocaban en su tiempo (cf. Jn 3, 1-21; Jn 4, 1-26).

El camino de conversión lleva a ser personas nuevas, que forman una comunidad nueva, un nuevo estilo de vida, que hacen posible el "germen del Reino", como mediadores, sacerdotes de "la nueva alianza".

La tentación en este segundo momento es dejarnos llevar por la impotencia ante una liberación que no llega del todo, ante la incomprensión de los que nos rodean, ante las propias caídas, ante los propios resultados: escasos y pobres. La entrega generosa al apostolado, las horas gastadas y dadas a favor de los demás, encuentran muchas veces dificultades reales que desaniman y dejan una sensación de "imposible", "impotencia", "esto no tiene remedio". La desilusión, la dureza del camino, hace que nos acordemos de lo que hemos dejado, de lo que podríamos haber sido y no somos, de lo que podríamos haber ganado y no hemos ganado, de lo que podríamos tener y no tenemos. Los Consejos Evangélicos, las opciones hechas pierden brillo, la perla preciosa pierde consideración, nos pesa todo lo que hemos pagado por ella y quisiéramos recuperarlo. Es un momento en que podemos quedarnos en la búsqueda de compensaciones que se convierten en una "huida hacia atrás". De nuevo aparece la autojustificación de tal manera que estas compensaciones y huidas las revestimos de algo necesario, pero a la vez nos alejan de la entrega incondicional y de la dureza del camino.

A los otros los consideramos culpables. Nuestro juicio se hace duro en nombre de la verdad, nos volvemos muy críticos con todos y con todo lo que nos rodea. Sentimos con claridad que si los otros fueran de otra manera no estaríamos abocados al

fracaso. Nos volvemos acusadores de los otros. Son acusaciones generales: no somos pobres, falta exigencia, no oramos, etc. Detrás de estas culpabilidades está la autojustificación y el dolor por el fracaso que se experimenta. La murmuración constante provoca desarmonía interior y división externa, desamor. La búsqueda de compensaciones múltiples, aunque dentro de la legalidad, marca nuestra vida. Aunque se continúe la entrega, se tiende a profesionalizarla.

El modo de seguir dando pasos es entrar en el verdadero conocimiento del misterio de "Belén", de la "encarnación", en el modo de vivir de Jesús y asumir que este modo tiene unas consecuencias claras. Solo se verán "como gracia" en la contemplación del misterio de la Cruz, consecuencia de su ministerio y de su deseo constante de hacer la voluntad del Padre. La identificación radical con Jesús, la aceptación de su modo de hacer las cosas, nos hace entrar en una "serena alegría" que brota del "amor del Padre en Jesucristo", en una acción de gracias continuada por "completar en nuestro cuerpo lo que falta a la pasión de Cristo" (cf. Col 1, 24). Supone no dejarnos escandalizar por la Cruz sino abrazarnos a ella y acoger al Cristo de la Fe para poder continuar una vida entregada plenamente al apostolado.



TERCER ESQUEMA: LA CONFIGURACIÓN CON CRISTO

Como consecuencia y continuidad de la experiencia anterior asumida e integrada como gracia, entramos en la llamada a "ser configuradas en Jesucristo". En el centro de nuestra vida encontramos al Cristo de la fe: Jesús de Nazaret, quien fue condenado a muerte y crucificado por nuestros pecados, resucitó, ascendió al cielo y está sentado a la derecha del Padre intercediendo por todos nosotros. Jesucristo Sacerdote, "único mediador", ha ascendido al cielo con toda la humanidad, abriendo el

único camino posible para llegar a Dios. Él es el camino, la verdad y la vida (cf. Jn 14, 6). Él es la única razón para seguir trabajando con esperanza.

Solo en la fuerza del Espíritu podemos alcanzar el conocimiento interno de todo el significado de la "Redención de Jesucristo" y de "la Revelación". Desde el seguimiento a Jesús, viviendo como Él vivió, desde la autenticidad de la existencia que acoge el Reino y lo actúa de palabra y obra, desde abajo, podemos entender la hondura y profundidad de vivir "configurados en Jesucristo" teniendo los mismos sentimientos que Él. Esta realidad abre la existencia a tres claves importantes: permanecer en el amor; enfrentar la hostilidad del "mundo" (el hombre encerrado en sí mismo, la negación de la revelación y del amor de Dios que salva, sana y libera); y lo más importante, nada podemos entender ni vivir si no es en el Espíritu Santo que nos llevará hasta la transfiguración en Jesucristo.

Aparece de nuevo la tentación, que tiene dos rostros:

1. El abandono de la fe por no soportar la tensión del Reino y la hostilidad del mundo; por ejemplo, la falta de reconocimiento por parte de los otros de lo que estamos haciendo y entregando. El constatar y oír que no hace falta tener fe para hacer algo por los demás. Ser testigos de que hay gente que se ve feliz y no soporta la tensión de la fe, ni vive el seguimiento a Jesucristo. La vergüenza a presentarnos como creyentes, e incluso como consagrados en nuestros ambientes. Ocultar que Jesucristo es nuestra vida y nuestro todo.

2. La incoherencia de la vida: seguir hablando del mandamiento del amor y no actuar en consecuencia. No implicarse en la lucha por la justicia, relegar el compromiso cristiano a los ámbitos privados como si los valores evangélicos, el anuncio de la Buena Noticia no tuviera nada que ver con nuestro mundo familiar, del trabajo y de la vida pública. No ser transmisores de vida e integrarnos en la cultura de muerte que nos rodea: consumismo, avaricia, individualismo, pasotismo, egoísmo. No luchar por aquellos que ven su vida amenazada por el hambre, la falta de vivienda, el reconocimiento de sus derechos, la guerra, el paro, la violencia, etc. No anunciar ni transmitir la Vida y el Amor de Dios que es fuente de la vida. Vivir avergonzadas de los sacramentos, vaciándolos de contenido, reduciéndolos a un pietismo particular y no en una fiesta a la que todos estamos invitados para participar de la vida donada por Jesucristo (cf. Jn 6, 53-58).

Esta situación lleva a algunas determinaciones:

La primera es dejar el seguimiento a Jesucristo explícitamente, abandonando la comunidad y la Iglesia. La segunda es dejarla solo implícitamente, por cobardía y por seguridades. Esta es más sutil, y un veneno para la propia Iglesia y comunidad. Es vivir aparentemente igual, pero la realidad de la vida es ambigua, no se vive consecuentemente. Signos que se desprenden: ir por mi cuenta, el no-discernimiento en la comunidad, el acomodarse, el vivir seguridades, la indiferencia hacia los otros. No se critica porque no nos importa lo que hagan, o bien para que no se metan en mi vida. Se exige de los demás “respeto” a mi forma de vivir las opciones hechas y de interpretarlas. Se llega a una situación de acomodarse con el mundo sin tener la valentía de abandonar la seguridad de la comunidad.

Los pasos a seguir para vencer la tentación son “resistir”, soportar la tensión, aprender a vivir la tensión “configuradas en Jesucristo”, permanecer en el amor consecuentemente, aceptar ser resto, minoría: sentirse cuerpo de Jesucristo presente en la historia, descubrir sus presencias, creatividad en la acción, mayor radicalidad de vida, dejarlo todo, despojarse de todo. Arraigados en la relación de intimidad con Jesucristo: vida sacramental, litúrgica, comprometida, contemplativa y orante (cf. Lc 10, 38-42).



Cuarto Esquema: La Transfiguración en la Trinidad

Llegamos a la culminación de todo el itinerario. Entramos en una situación existencial donde confluyen todos los elementos de los esquemas anteriores: las

opciones hechas (primer esquema), la identificación con Jesús (segundo esquema) y la configuración con Jesucristo (tercer esquema). Confluye a la vez la conciencia de toda nuestra debilidad, limitación y pecado. Se vive la experiencia de la humildad profunda frente a la grandeza del Amor de Dios revelado en Jesucristo y hecho presente en la historia por el Espíritu Santo. Se abre la esperanza de la plenitud, la muerte como encuentro definitivo con Jesucristo. Se experimenta la comunión como lazos de amor hacia todos, con rostros concretos que sufrimos y amamos (cf. Jn 15, 12-15).

La tentación es dejarnos abatir por nuestra propia condición de debilidad, por la no realización del proyecto de Dios.

Nuestra salida: la confianza infinita en el Amor Trinitario. La reflexión y estudio de la Palabra de Dios nos darán más pautas para seguir creciendo y viviendo en la plenitud contingente todavía del amor de Dios (cf. Jn 17, 20-26).

CONCLUSIÓN: EVOCACIÓN

Evocar es pasar por el corazón el itinerario vocacional de nuestra vida como "sujeto de vocación" desde la experiencia inicial de un "Tú" que nos interpela y nos pone en camino para discernir la forma de vivir el discipulado. Las decisiones que hemos tomado nos han conducido a vivir vocacionalmente una determinada forma de vida evangélica, comprometiéndonos en la misión evangelizadora de la Iglesia, y nos llevan a una meta común: la santidad de vida.

La santidad de vida es, en realidad, generadora de una cultura vocacional. Por ello, concluyo la intervención evocando la llamada universal a la santidad. El Papa Francisco inicia su pontificado con la exhortación apostólica "Evangelii Gaudium" en la que ofrece una rica y profunda visión de la santidad como una vocación universal e integra su dimensión personal con el compromiso social y la misión evangelizadora de la Iglesia a la que todos los cristianos estamos llamados. La santidad se vive en la vida cotidiana con amor y alegría, en comunidad, a través de una profunda vida espiritual y de oración y enfrentando los desafíos del mundo actual con fidelidad al Evangelio.

1. LLAMADA UNIVERSAL A LA SANTIDAD

La llamada universal a la santidad hunde sus raíces en el bautismo, y en el misterio pascual, que configura a la persona con Jesucristo, que es verdaderamente Dios y verdaderamente hombre, uniéndola así a la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, e introduciéndola en la comunión de amor de la vida trinitaria.

Todos los cristianos, independientemente de su estado de vida, están llamados a ser santos.

Desde las primeras páginas de la Biblia está presente de diversas maneras la llamada de Dios a la santidad y es una enseñanza que se mantiene constante en la vida de la iglesia católica ya que está basada en las palabras de Jesús: "sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto" (Mt5, 48), que no es hacerlo siempre todo bien, sino a llegar al extremo del amor.

El Concilio Vaticano II, en la Constitución dogmática sobre la Iglesia, habla con claridad de la llamada universal a la santidad, diciendo que nadie está excluido: Muchas son las formas y las tareas de la vida, pero una sola es la santidad, la que cultivan todos los que actúan bajo el Espíritu de Dios y... siguen a Cristo, pobres, humildes y cargados con la cruz, para merecer ser partícipes de su gloria¹⁸.

"Los fieles todos, de cualquier condición o estado que sean, fortalecidos por tantos y tan poderosos medios, son llamados por Dios, cada uno por su camino, a la perfección de la santidad, por la que el mismo Padre es perfecto" (GS, 11).

La santidad no es solo para algunos

El Espíritu Santo derrama santidad por todas partes, en el santo pueblo fiel de Dios porque "fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sino constituyendo un pueblo. Por eso nadie se salva solo, como individuo aislado, sino que Dios trabaja dentro de las relaciones humanas y comunitarias y la Iglesia debe reflejar esa misma dinámica al trabajar como una comunidad de personas unidas en su fe.

El Papa Francisco nos recuerda que la santidad favorece "un estilo de vida más humano", y por tanto no es algo sólo para algunos "especialistas de lo divino" sino para todos los creyentes, y a su vez, la santidad es originalidad, porque cada uno está llamado a un camino diferente: Los santos nos estimulan, nos motivan, pero no están para que tratemos literalmente de copiarlos, "porque esto podría alejarnos del Señor", como nos dice el Papa Francisco. Lo que interesa es que cada creyente discierna su propio camino.

La santidad como gracia de Dios

Ante todo debemos tener bien presente que la santidad no es algo que nos procuramos nosotros, que obtenemos con nuestras cualidades y capacidades.

La santidad es una meta que no se puede alcanzar sólo con las propias fuerzas, sino que es fruto de la gracia de Dios y de nuestra libre respuesta a ella.

Por lo tanto, la santidad es un don y una llamada. Como gracia de Dios, es decir, don suyo, es algo que no podemos comprar ni cambiar, sino acoger, participando así en la misma vida divina por medio del Espíritu Santo que habita en nosotros desde el día de nuestro Bautismo.

La semilla de la santidad es precisamente el Bautismo. Se trata de madurar cada vez más la conciencia de que estamos injertados en Cristo, ya que el sarmiento está unido a la vid, y por eso podemos y debemos vivir con Él y en Él como hijos de Dios. Así que la santidad es vivir en plena comunión con Dios, ya ahora, durante esta peregrinación terrenal.

¹⁸ Cf. Constitución Lumen Gentium, capítulo V. Llamada universal a la santidad. Los textos se pueden confrontar con la exhortación apostólica "Evangelii Gaudium